

mento los hace nacer, y las horas van á llevárselos en su círculo ligero.

Así, despiértase la primavera : en todos los campos que ella calienta, derrama una existencia joven y alegre ; el espino blanco entrega sus perfumes á los vientos ; el brillante concierto de las aves sube hasta el cielo ; todos los sentidos, todos los seres participan de la alegría común.....

Mas, apenas se aleja la primavera, caen en el suelo las flores marchitas. y ninguna queda de las que él había hecho nacer.

KLOPSTOCK

MI PATRIA.

Como un hijo que no ha visto transcurrir más que un corto número de primaveras, si quiere festejar á su padre, anciano de argentada cabellera, y rodeado de las buenas acciones de su vida, se prepara á expresarle cuanto le ama con lenguaje de fuego ;

Levántase precipitadamente en medio de la noche ; arde su alma : ¡ vuela con las alas de la mañana, llega á la presencia del anciano, y después ha perdido el habla !

Es lo que he experimentado... ¡ Iba á cantarte, oh patria mía ! y ya obedecía al rápido vuelo de la inspiración, ya de por sí sola había resonado mi lira, cuando la severa discreción me ha hecho señas con su brazo de bronce, y de repente han temblado mis dedos.

Pero ya no los detengo : es preciso que vuelva á tomar mi lira, que pruebe un vuelo más audaz, y que cese de acallar los pensamientos que consumen mi alma.

¡ Oh mi hermoso país, tu cabeza está coronada de una gloria de mil años ; andas con el paso de los inmortales, y te adelantas con orgullo al frente de más de una nación ! ¡ cuánto te quiero, mi país, mi hermoso país !

¡ Ah ! mi empresa es demasiado ardua, lo siento ; y la lira cae de mi endeble mano... ¡ Cuán bella eres, patria mía ! Con cuanto brillo reluce tu corona ! ¡ Cómo te adelantas con el paso de los inmortales !

Pero una dulce sonrisa anima tus facciones y me de vuelve todo mivalor. ¡ Oh ! ¡ con qué alegría, con qué gratitud, voy á cantar que me has sonreído !

Desde temprano me he consagrado á ti. Apenas sintió mi corazón los primeros latidos de la ambición, cuando empecé á celebrar á Enrique tu libertador, en medio de las lanzas y de los aprestos militares.

Pero pronto he visto abrirse delante de mí una carrera más noble, y en ella me he lanzado ardiendo de otro deseo que el de la gloria... Conduce al cielo patria común de las mortales.

Sigo recorriéndola, y, si en ella sucede que sucumba bajo el peso de la debilidad humana, saldré de ella, cogeré el arpa de los bardos, y me atreveré á hablar de tu gloria.

Tus nobles florestas desafían los golpes del tiempo, y su sombra cobija una numerosa raza que piensa y obra.

Ahi hállanse hombres que tienen la penetración del genio, que en torno tuyo hacen danzar horas alegres, que poseen la vara de las hadas, que saben hallar oro puro y pensamientos nuevos.

¿ Hasta dónde no has extendido tus numerosos vástagos ? Ya en las regiones donde corre el Ródano, ya á las márgenes del Támesis ; y por todas partes los han visto crecer, por todas partes se han rodeado de numerosos vástagos.

Y sin embargo, de ti han salido : tú les has mandado guerreros ; tus armas les han llevado una gloriosa llamada, y tal ha sido el monumento de tu victoria :

los galos llamáronse francos, y los bretones ingleses ! (1)

¡ Tus triunfos han sido aún más resplandecientes : la soberbia Roma había mamado con la leche de la loba su madre la sed de los combates ; desde largo tiempo su tiranía oprimía el mundo ; pero tú la derribaste, oh patria mía, tu la derribaste en su sangre !

Nunca país alguno ha sido justo como tú con el mérito extranjero... ¡ No seas demasiado justa con ellos, ó patria mía ! no son capaces de comprender la grandeza de semejante exceso.

Tus costumbres son sencillas y virtuosas ; tu espíritu es sabio y profundo ; poderosa es tu palabra y cortante tu espada. Sin embargo, la vuelves á envainar con gusto, y sé tú bendita por ello, no gotea de ella la sangre de los infelices.

Pero otra vez me hace señas la discreción con su brazo de bronce : callo hasta que me permita cantar otra vez. Voy pues á reconcentrarme en mí mismo, y meditar sobre el terrible pensamiento de ser digno de ti, ¡ oh patria mía !

LAS CONSTELACIONES.

Todo canta su gloria, los campos, los bosques. el valle y las montañas ; la orilla del mar resuena al ruido de sus alabanzas, las olas con el fragor sordo del trueno repiten el nombre del Eterno, y el himno de la naturaleza agradecida apenas puede subir hasta él.

Y sin descanso canta el que la ha creado, y desde el cielo hasta la tierra, doquiera resuena su voz ; en la oscuridad de las nubes, el compañero del relámpago

1. Alusión al origen alemán de los francos y de los ingleses.

glorifica al Señor sobre la copa de los árboles y sobre la cima de las montañas.

Su nombre lo celebra el bosque que se estremera y el arroyo que murmulla; los vientos lo llevan hasta el arco celeste, el arco de perdón y de consuelo que trazó su mano en las nubes.

¡Y tú callarías, tú á quien Dios creó inmortal! ¡y mudo te quedarías en ese concierto de alabanzas y de admiración! ¡Da gracias á Dios que te hizo participar de su eternidad!... por grandes que sean tus esfuerzos siempre serán indignos de él.

Sin embargo canta, y glorifica á tu bienhechor. ¡Coros relucientes que me rodeáis, yo vengo y me uno con vosotros, quiero participar de vuestro arroboamiento y de vuestros conciertos!

¿El que creó el universo, que creó allá arriba la antorcha de oro que nos alumbraba, aquí el polvo donde se agitan millones de gusanos, quién es? ¡Es Dios! ¡es Dios, nuestro padre! así le llamamos, y voces innumerables se unen con la nuestra.

Sí, él creó los mundos; y, allá, el León que derrama de su seno torrentes de luz. Aries, Capricornio, Pléyadas, Escorpión, Cáncer, sois su obra; ved cómo sube y baja la Balanza..... El Sagitario apunta, sale un rayo.

Se vuelve; ¡cómo resuenan sus flechas y su aljaba, y tú, Géminis, con qué pura luz ardes! tus pies radiantes se levantan para una marcha triunfal. Piscis juega y vomita fuegos resplandecientes.

La rosa despide un rayo de fuego desde el centro de su corona; el águila de ardiente mirada se cierne en medio de sus compañeros sumisos; nada el cisne soberbio con el cuello arqueado y las alas abiertas al viento.

¿Quién te ha dado esa melodía, oh lira? ¿quién ha tendido tus cuerdas doradas y sonoras? Te dejas oír, y los planetas, deteniéndose en su danza circular, vienen rodando sobre sus órbitas para continuarla contigo. He aquí Virgo con traje de fiesta, llenas las manos de espigas y de alegres pámpanos. Aquí está el Acuario de donde se precipitan ondas de luz; mas Orión contempla la cintura y no ya el Acuario.

¡Oh! ¡si la mano de Dios te derramara sobre el altar, vaso celeste! toda la creación volaría en pedazos, el corazón del León se rompería al lado de la urna desaguada, la lira no produciría más que acentos de muerte, y la corona caería marchita.

Dios ha creado esos signos en el cielo, hizo la luna más cerca de nuestro polvo. Apacible compañera de la noche, su dulce resplandor derrama sobre nosotros su serenidad; siempre vuelve para velar sobre la frente de los que duermen.

Yo glorifico al Señor, al que mandó á la noche santa del sueño y de la muerte que tuviera velos y antorchas. ¡Tierra, tumba siempre abierta para nosotros, cómo te ha ornado Dios de flores!

¡Cuando Dios se levante para juzgar, removerá la tumba llena de huesos y la tierra llena de simientes ¡Despiértese todo lo que duerme! El rayo ciñe el trono de Dios: da la hora del juicio, y la muerte ha hallado cidos para oírla.

LAS DOS MUSAS

He visto... ¡Oh! dime, ¿era el presente que yo veía ó el porvenir?... he visto en la palestra la Musa alemana con la Musa inglesa que se abalanzaban hacia una corona.

Apenas se columbraban dos términos en el extremo de la carrera; unas encinas cobijaban á uno de ellos; en derredor del otro resaltaban palmeras sobre la claridad del sol poniente. (1)

Acostumbrada á semejantes luchas, la musa de Albión bajó animosamente á la palestra, y como había llegado á ella; había ya competido gloriosamente con Meon el cantor del Capitolio.

Echó una mirada á su joven rival que temblaba, pero con una especie de nobleza; el ardor de la victoria inflamaba sus mejillas y abandonaba al viento su cabellera de oro.

Ya contiene apenas el aliento oprimido dentro de su pecho ardiente, y se inclina ávidamente hacia el término... Ya resuena la trompeta á sus oídos, y sus ojos devoran el espacio.

Ufana de su rival, más ufana de sí misma, la Bretona soberbia mide todavía con la vista la hija de Tuiskón:

« Me acuerdo, dijo ella, que nací contigo entre los Bardos en la selva sagrada;

« Pero había llegado hasta mí la voz que ya no existías; perdona oh Musa, si eres inmortal, perdóname de oírlo decir tan tarde; pero cuando lleguemos al término quedaré más segura de ello.

— ¿ Lo ves allá? ¿ Lo ves allá lejos con su corona?... ¡ Oh! ese coraje contenido, ese orgulloso silencio, esa mirada de fuego que se fija en el suelo... ¡ Yo la conozco!

« Sin embargo, piénsalo bien antes que suene la trompeta del heraldo... ¡ Yo soy, yo misma quien luchaba poco ha con la musa de Termópilas, con la de las siete colinas! »

1. La encina es el emblema de la poesía patriótica, y la palmera el de la poesía religiosa que viene del Oriente.

Así dijo; ha llegado el momento supremo, y acércase el heraldo: « Musa bretona, exclama, con ardientes ojos, la hija de Germania, te amo y te admiro...

¡ Pero menos que la inmortalidad, menos que la palma de la victoria! Cógela antes que yo, si así lo quiere tu genio, pero que pueda yo también participar de ella y ceñir una corona.

« ¡ Y cuál estremecimiento me agita! ¡ Dioses inmortales!...

Si yo llegara la primera á ese término brillante... entonces sentiría tu aliento agitar desde muy cerca mis cabellos. »

Dió la señal el heraldo... Volaron cuales rápidas águilas, y el polvo, como una nube, pronto las envolvió... Cerca del término se volvió más denso todavía, y acabé con perderlas de vista.

LAS HORAS DE LA INSPIRACIÓN.

¡ Os saludo, horas silenciosas que la estrella de la tarde mece en derredor de mi frente para inspirarla! ¡ Oh! no sin bendecirme, sin dejarme algunos pensamientos divinos!

Á la puerta del cielo, un espíritu ha hablado así: Apresuraos, horas santas, que tan raramente pasáis de las puertas doradas del cielo, id hacia ese joven.

« Que canta á sus hermanos el Mesías, protegledle con la sombra benéfica de vuestras alas, para que en la soledad medite sobre la eternidad.

« La obra que estáis por inspirarle, atravesará todos los siglos, los hombres de todos los siglos la oirán, levantará sus corazones hasta Dios y les enseñará la virtud. »

Así dijo: ¡ el sonido de la voz del espíritu ha conmovido todos mis huesos, y me he levantado, como si Dios pasara en el trueno por encima de mi cabeza, y me he quedado lleno de asombro y de alegría!

¡ Que ningún profano se acerque de ese sitio, ningún cristiano tampoco, si no siente en sí mismo el soplo profético! ¡ Apartaos de mí, hijos del polvo!

Horas santas, envolved en las sombras de la noche mi silenciosa mansión; que sea impenetrable para todos los hombres; y si mis más queridos amigos se acercaran de ella, hacelde señas sin ruido que se alejen.

Solamente, si Schmied, el favorito de las musas de Sión se presenta para verme, que entre... Pero, oh Schmied, no me hables más que del juicio final, ó de tu estimable hermana.

Ella es capaz de comprendernos y de juzgarnos: ¡ deje de existir todo lo que en nuestros cantos no ha conmovido su corazón!... ¡ que lo que la ha conmovido viva en la eternidad!

Eso solo es digno de enternecer corazones cristianos y fijar la atención de los ángeles que vienen á veces á visitar la tierra.

SALMO.

Las lunas dan vueltas en derredor de las tierras, las tierras en derredor de los soles, y millares de soles en derredor del más grande de todos: ¡ *Padre nuestro que estás en los Cielos!*

Todos esos mundos, que reciben y dan la luz, están poblados de espíritus más ó menos fuertes, más ó menos grandes, pero todos creen en Dios, todos cifran en él su esperanza: ¡ *Santificado sea el tu nombre!*

¡ Él es! es el Eterno, solo capaz de comprenderse todo entero y complacerse en sí mismo, él es quien colocó en el fondo del corazón de todas sus criaturas el germen de la felicidad eterna: ¡ *Venga á nos el tu reino.*

Felices criaturas: él solo se ha encargado de arreglar su presente y su porvenir; ¡ qué dichosas son! ¡ cuánto lo somos todos! ¡ *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!*

Hace crecer y des arrollarse la espiga, dora la manzana y la uva con los rayos del sol, da el alimento al cordero sobre la colina y en la selva al corzo: pero también lleva en la mano el trueno, y el granizo no perdona ni el tallo, ni la rama, ni el animal de la colina, ni el de la selva: ¡ *El pan nuestro de cada día dánosle hoy!*

¡ Mas arriba del trueno y de la tempestad, hay también pecadores y mortales?... ¡ Allá arriba también vuélvese enemigo el amigo, separa la muerte á los que se quieren? ¡ *Y perdónanos nuestras deudas así como perdonamos á nuestros deudores!*

No se sube al cielo, término sublime, sino por caminos difíciles: algunos serpentean en espantosos desiertos, pero ahí también, de tiempo á otro, ha sembrado el placer algunas frutas para refrescar el viajero... ¡ *Y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal!*

¡ Adoremos á Dios! Adoremos al que hace girar en derredor del sol otros soles, tierras y lunas, que ha creado los espíritus y preparado su felicidad, que siembra la espiga, manda á la muerte y alivia el cansancio del viajero en el desierto mientras lo conduce al término sublime. Señor, os adoramos, pues vuestros son el imperio, la potencia y la gloria. Amén.

MI ERROR.

He querido durante mucho tiempo juzgarlos por los hechos y no ya por las palabras, y, hojeando las páginas de la historia, seguía en ella con atención á los franceses.

Oh tú que vengas la humanidad en los pueblos y en los reyes que la ultrajan, verídica historia, me habías hecho, á veces, de ese pueblo una pintura muy aterradora.

Sin embargo, yo creía, y ese pensamiento era suave como esos sueños dorados que uno tiene durante una hermosa mañana, como una esperanza de amor y de delicias ;

Yo creía, ¡ oh libertad ! madre de todos los bienes, que tú serías para esa nación otra providencia, y que le habías sido mandada para regenerarla.

¿ No eres más una potencia creadora ? ¿ ó no has podido conseguir cambiar esos hombres ?... ¿ es su corazón de piedra, y están bastante ofuscados sus ojos para no conocerte ?

Tu alma es el orden, pero ellos cuyo corazón es de fuego se animan y se precipitan á la primera señal de la licencia.

¡ Oh ! ellos no conocen más que ella, la quieren con cariño... y sin embargo no hablan más que de ti cuando cae su cuchilla sobre la cabeza de los inocentes. ¡ Oh ! tu nombre está entonces en todas las bocas.

¡ Libertad, madre de todos los bienes ! ¡ no es también en tu nombre que han roto santos tratados principiando la guerra de conquistas !

¡ Av ! hermoso sueño dorado de la mañana, tu brillo

ya no me deslumbra ; sólo me ha dejado un dolor, un dolor como el del amor engañado.

Pero á veces en un árido desierto, preséntase de repente una dulce umbría donde descansa el viajero : tal ha sido para mí Carlota Corday la heroína, la mujer hombre.

Jueces infames habían absuelto el monstruo ; ella ha anulado su sentencia ; ella ha hecho lo que les gustará á nuestros nietos contar, con el rostro encendido y derramando lágrimas de admiración.

HERMANN Y TRUSNELDA.

TRUSNELDA. ¡ Ah ! ahí vuelve todo cubierto de sudor, de la sangre de los romanos y del polvo del combate ! ¡ Nunca me ha parecido tan hermoso Hermann, nunca han arrojado tanto fuego sus ojos !

¡ Ven ! me estremezco de placer ; ¡ dame esa águila y esa espada victoriosa ! ¡ Ven, respira más blandamente y descansa entre mis brazos del tumulto de la batalla ! ¡ Ven que te limpie la frente cubierta de sudor y las mejillas ensangrentadas. ¡ Cómo brillan tus mejillas ! ¡ Hermann, Hermann ! ¡ nunca Trusnela sintió tanto amor por ti !

No, ni aun ese día que, en tu salvaje mansión, me estrechaste por la primera vez entre tus indómitos brazos ; te pertenecí desde entonces y presentí que serías inmortal algún día.

Lo eres ahora : ¡ que Augusto en su soberbio palacio abraze en vano el altar de sus dioses ! ¡ Hermann, mi Hermann es inmortal !

HERMANN. ¿ Por qué trenzas mis cabellos ? Nuestro padre está tendido muerto, ahí, cerca de nosotros ;

¡ ah! si Augusto no se ocultase de nuestra venganza, ya hubiera caído más ensangrentado aún.

TRUSNELDA. Deja, mi Hermann, deja que trenze tu cabellera undulante, y la una en rizos bajo tu corona... Siegmar se halla ahora entre los dioses; no es menester llorarle, es menester seguirlo.

HERMANN CANTADO POR LOS BARDOS

Werdomar, Kerding, Darmont.

WERDOMAR. Sentémonos, oh bardos, sobre esta peña cubierta de antiguo musgo, y celebremos á Hermann : que nadie se acerque y mire bajo este follaje, que cubre el más noble hijo de la patria.

¿ ¡ Pues ahí está tendido en su sangre, él, el secreto espanto de Roma, aun cuando se llevaba cautiva su Trusnelda, con danzas guerreras y conciertos victoriosos!

No, no lo miréis, lloraríais al verle tendido en su sangre; y no debe resonar la lira con sonidos dolientes, sino cantar la gloria del inmortal.

KERDING. Mi joven cabellera es rubia todavía : ¡ en este día solamente he ceñido la espada, en este día he cogido la lira y la lanza... es preciso que cante Hermann!

Oh padres, no pidáis demasiado á un joven : quiero enjugar mis mejillas húmedas con mi rubia cabellera, antes de atreverme á cantar el más noble hijo de Mana.

DARMONT. ¡ Oh! yo derramo lágrimas de rabia; y yo no las enjugaré : corred, inundad mi rostro lágrimas de la cólera. No sois mudas; amigos, escuchad su lenguaje : « Maldición sobre los romanos! » Escucha, Hela¹ : ¡ Que ninguno de los traidores que lo han degollado perezca en los combates!

(1) Divinidad de los infiernos.

WERDOMAR. ¿ Veis precipitarse sobre las peñas el torrente salvaje? Lleva rodando entre sus ondas pinos desarraigados y los trae para la pira del héroe.

Pronto Hermann no será más que polvo, descansará en una tumba de arcilla, y á sus cenizas añadiremos la espada sobre la cual juró la pérdida del conquistador.

Detente, espíritu del muerto, tú que vas á juntarte con Siegmar y ver que el corazón de tu pueblo no está lleno más que de ti.

KERDING. ¡ Oh! ¡ ignore Trusnelda que su Hermann está ahí tendido en su sangre! No digáis á esa noble mujer, á esa madre desdichada que el padre de su Trumeliko ya no existe.

¡ El que se lo haría saber á esa mujer que anduvo un día encadenada delante del carro de triunfo del vencedor, ese tendría un corazón de romano!

DARMONT. ¿ Y qué padre te ha engendrado, desgraciada hija? ¡ Un Segestes que aflaba en secreto la espada de la traición! No lo maldigáis... Hela ya lo ha condenado.

WERDOMAR. Segestes es un nombre que debéis excluir de vuestros cantos; baje el olvido sobre él : ¡ que cierre sus pesadas alas y duerma sobre su polvo!

Las cuerdas que se estremecen al solo nombre de Hermann serían profanadas si repitieran el nombre del traidor, aunque fuera para acusarlo.

¡ Hermann, ¡ Hermann! Los bardos hacen retumbal con tu nombre el eco de las misteriosas selvas; ¡ tú tan querido por los nobles corazones! ¡ tú, el jefe de los valientes, el libertador de la patria!

¡ Oh, batalla de Winsfeld, hermana de la batalla de Canas, te he visto con los cabellos sueltos y ensangrentados, con el fuego de la venganza en los ojos aparecer entre las arpas de Walhala!

El hijo de Druso quería inútilmente borrar las huellas de tus pasos escondiendo en el valle de la muerte los blancos huesos de los vencidos....

¡No hemos querido, y hemos trastornado sus sepulcros, para que esos restos den testimonio de un día tan grande, y que en las fiestas de primavera oigan nuestros cantos de victoria!

¡Nuestro héroe quería dar aún hermanas á Canas, á Varo compañeros de muerte! si no hubiese sido por los príncipes y su envidiosa lentitud, Cæcina se hubiese ya juntado con Varo su jefe.

Había en el alma de Hermann un pensamiento más grande aún... Cerca del altar de Thor, á medianoche, rodeado de cantos de guerra, se recogió en su alma y resolvió cumplirlo.

Y en ello pensaba en medio de vuestras diversiones, durante esa danza atrevida que es un juego para nuestra juventud.

El navegante vencedor de las tempestades cuenta que hay un monte en el océano del Norte que por largo tiempo anuncia con torbellinos de humo, que vomitará altas llamas é inmensas peñas!...

Así preludiaba Hermann con sus primeros combates á salvar los Alpes nevados y bajar á las llanuras de Roma; ¡Para morir allí... ó para subir á ese orgulloso Capitolio, hasta el tribunal de Júpiter, y pedir cuenta á Tiberio y á las sombras de sus antepasados de la injusticia de sus guerras!

Pero, para cumplir todo eso, era preciso que llevara la espada del mando al frente de los príncipes rivales suyos. ¡Así que han tramado su pérdida... Y he aquí tendido en su sangre, ése cuyo corazón encerraba tan patriótico pensamiento!

DARMONT. ¿Has comprendido, Hela, mi llanto de

rabia? ¡Has escuchado sus ruegos, ¡Hela! vengadora Hela?

KERDING. En las doradas campiñas del Walhaa, Siegmar rejuvenecido recibirá á su joven Hermann con una palma en la mano, y acompañado de Tuiskón y de Mana...

WERDOMAR. Siegmar acogerá á su hijo con tristeza; pues Hermann no podrá ir más al tribunal de Júpiter para acusar á Tiberio y á las sombras de sus antepasados.